

# En el corazón de la noche, el amor

Tema de reflexión  
ANFE Noviembre 2017

Alfonso López Menéndez  
Consiliario Nacional de ANFE

Una de las actitudes más comunes en nuestra sociedad es la queja. Es una constante de nuestro vivir en sociedad: protestamos constantemente por todo o por casi todo, generalmente menos por nosotros mismos. La sospecha o la crítica se han instalado en nuestras conversaciones y en nuestros pensamientos y tienen muy poca intención de marcharse. Tanto es así que muchas veces actuamos o hablamos con el miedo al “*qué dirán*”, fingimos de muchos modos para no quedar mal.

Criticamos para autojustificarnos. La culpa siempre la tienen los demás: de esta manera justificamos nuestro conformismo, nuestra nula capacidad de reacción frente a lo que está mal. La crítica es el recurso de los que no quieren dialogar, de los que se han dejado vencer, de los cobardes, de los que nunca entenderán el mensaje evangélico. Es justo lo que sufrió Jesús en sus propias carnes: la crítica de aquellos fariseos y publicanos, incapaces de darse cuenta de aquello que hacían mal y que desagradaba a Dios; les era más fácil -y así no perdían privilegios- criticar a Jesús.

Sin duda, este espíritu de protesta produce desaliento, desinterés: ¿para qué preocuparse?! Afecta no solo a nuestras relaciones sociales sino también a nuestro cotidiano convivir con Dios. Cuántas veces nos hemos encontrado un Dios culpable para tantas personas del hambre o de la guerra o de la violencia o de las desgracias personales: es la queja constante por Dios. Lo que menos me puede importar es qué dice o qué quiere de mí, lo que desata mi crítica es que no me ayudó cuando lo necesitaba. Más aún: es la forma de ocultar nuestro pasotismo o negligencia en todo lo que se refiere a la justicia o a la caridad, es más fácil culpar a Dios que compartir de lo mío.

Consecuentemente, Dios deja de tener importancia, de estar en el primer lugar. Ese espacio ha sido ocupado por el hombre. El primer mandamiento ya no es amar a Dios sobre todas las cosas, más bien es *te amarás a ti mismo sobre todas las cosas*, incluso sobre el Creador. Así nos encontramos una sociedad consumista, donde el dinero tiene la llave de la felicidad, donde el consumo ha desplazado al convivir, donde los valores religiosos han sido eliminados por una mera sensación de libertad que me posibilita vivir como me da la gana siempre que no me meta en la vida de los demás. ¿Adónde nos conduce esta realidad? A un callejón sin salida: al final acabaremos enfrentándonos unos a otros, porque nuestras ideas acabarán dividiéndonos, ya que la única verdad es la que yo mismo decido sin tener en cuenta a los demás. Al final hay tantos millones de verdades como millones de personas.

La Iglesia se presenta, pues, como la comunidad de aquellos que han descubierto en Dios no alguien a quien criticar, sino alguien a quien amar como respuesta a un amor generoso que hemos descubierto en nuestras vidas. Jesús de Nazaret es un acontecimiento único que transforma totalmente la existencia de quien le ha reconocido *al partir el pan*. Se convierte desde ese momento en la Verdad, se configura como la única manera de vivir en plenitud la existencia humana. Rompe todas nuestras barreras y nos ayuda a descubrir al otro no como un rival sino como un hermano. Por eso la crítica no puede existir en la Iglesia, solo el amor fraterno: como profecía de un amor que es capaz de romper nuestros miedos, nuestro odios, nuestras barreras.

La Adoración Nocturna Femenina no puede estar al margen de esta vivencia: su vocación es prolongar en la noche un Amor constante, que no se cansa de esperar. Nuestras noches son la mejor manera de representar a un mundo que cada día necesita

más de Dios. Turnándonos, en el silencio y en la oscuridad, llevamos nuestras lámparas encendidas, conscientes de nuestras diversas fragilidades (*edades, número, cansancios o fatigas...*) pero encendido el corazón en un amor que es capaz de llevarme a ser la expresión más elocuente del amor de Dios en medio de la noche. Así lo expresaba santa Teresa de Jesús: *“Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabajare, murmure quien murmure, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces parece cuando decimos: “hay peligros”, “fulana por aquí se perdió”, “el otro se engañó”, “el otro, que rezaba mucho, cayó”, “hacen daño a la virtud”, “no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones”, “mejor será que hilen”, “no han menester esas delicadezas”, “basta el Paternoster y el Avemaría”* (Camino de Perfección, 21, 2).

Prolongamos en las horas de la noche la adoración, la alabanza, la acción de gracias, también la reparación por tanta falta de respuesta del hombre al amor entregado de Dios. Nuestras voces unánimes cantan al Dios de la vida y se entregan como hermanas -en tantos lugares de España- en el servicio a Dios para poder ayudar más en la misión evangelizadora de la Iglesia.

La Adoración Nocturna nos exige la fidelidad a nuestra vocación: ¿Cómo romper esa dinámica de desaliento, crítica, enfrentamiento que acusa nuestra sociedad y que, a veces, ha afectado a la propia Iglesia? El remedio podemos encontrarlo en el Evangelio: a través del mandato nuevo del amor y de las bienaventuranzas.

Sólo una persona humilde, misericordiosa, de corazón pacífico, entregada a los demás, que sabe buscar y luchar por la justicia del Reino de Dios es capaz de vivir su vocación como corresponde a la llamada recibida: *“la mies es mucha pero los obreros son pocos”*. Nuestro mundo tiene cada día más necesidad de Dios, esa sed le ahoga, le inquieta... Necesitamos ser fieles, aunque cueste, a ese tesoro que Dios ha querido -¡por amor!- poner en nuestras manos. Es nuestra responsabilidad. No todas las que han oído esa llamada han perseverado, nosotras sí. Somos hoy el rostro, la voz, las manos, la acogida de Dios: mientras mejor hagamos la adoración nocturna más ayudaremos a hacer visible a Dios en nuestra sociedad.

Y toda esta misión sin olvidarnos de uno de nuestros carismas esenciales: somos mujeres. Creemos que tenemos un sitio en nuestra Iglesia, a la que amamos y de la que formamos parte. Tenemos derecho a buscar un hueco donde ofrecer nuestro rostro, nuestras vivencias, nuestra espiritualidad, a pesar de las dificultades que puedan aparecer. La Santa de Ávila así nos lo enseñó: *“Pues no sois Vos, Criador mío, desagradecido para que piense yo daréis menos de lo que os suplican, sino mucho más; ni aborrecisteis, Señor de mi alma, cuando andabais por el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad [...]: y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres [...] ¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo y juez y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán, y en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, rey mío, que se conozcan todas. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad y yo holgado que sea pública; sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean mujeres”* (Camino de Perfección, III, 7).